

2007

La confesión

J. Leyva

J. Daimiel

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Leyva, J. and Daimiel, J. (Primavera-Otoño 2007) "La confesión," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 65, Article 24.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss65/24>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

J. Leyva y J. Daimiel

LA CONFESIÓN¹

*Hay que ser español, en efecto, para decir
las cosas que se dicen contra España,
pero nada advertiréis de esto que no sea
natural y explicable. Pues nadie sabe de vicios
que no tiene, ni de dolores que no le aquejan.*

Antonio Machado

La BUHARDILLA SE HALLABA abarrotada de símbolos patrios: banderas nacionalistas, escudos de mil y uno ayuntamientos, viejas armaduras y una abundante colección de maniqués con uniformes militares, trajes regionales y atavíos de origen variopinto. De las paredes colgaban óleos antiguos y modernos, y no era preciso saber mucho para reconocer las obras de El Greco, Goya, Velázquez, Picasso y Miró, entre otros artistas de renombre.

Bajo la amenazadora mirada de una cabeza de toro disecada, una vitrina de trofeos y reliquias mostraba tesoros arquitectónicos medio carcomidos por la pátina de un tiempo difícil de calcular. Aquí y allá cofres, tapices y alfombras daban al ambiente aspecto de museo en quiebra o en disposición de inventario, tal vez con vistas a una inminente subasta.

1 Homenaje a Lucrecia Pérez, inmigrante dominicana asesinada en Madrid el 13 de noviembre de 1992.

Crucifijos e imágenes religiosas compartían los rincones con un sinfín de objetos ornamentales, algunos de ellos de naturaleza perecedera: ristras de ajos, jamones pendientes de ganchudos hierros, orzas de aceite y pellejos – ventrudos y chicos – de aromáticos vinos.

Allí había de todo un poco y pese al desorden aparente nada resultaba extraño o nuevo.

“Necesito confesión” había susurrado una voz aguanosa por teléfono, en tono autoritario y agónico sin embargo. Y allí estaba, revestido para la ocasión, intrigado por el escenario y también perplejo ante la incomparecencia de moribundo alguno necesitado de ese último consuelo para el que había sido requerido.

Distraído en la contemplación de tanta maravilla de ayer, a mi memoria acudió una célebre relación – lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor (...) sayo de velarde, calzas de velludo, pantuflas de lo mismo y vellorí de lo más fino –, mientras detenía la mirada en un catre desvencijado y hundido bajo una maraña de estandartes, palios, arneses y ropillas medievales, sepultura de una vieja cuyos ojos de sierpe helaron mis sentidos.

– “Llegado el instante fatal, en que el velo de la ilusión no se desgarró sino para abandonarnos reducidos al retrato cruel de los errores y de los vicios...” ¿A qué te suena, señor cura? – preguntó la anciana con viveza, lejos de la agonía mortal que a todas luces denunciaba su lamentable aspecto.

No podía creerlo. ¿España? ¿España en carne y hueso había pedido confesión? Observé con detenimiento a la moribunda, cuyas maneras y arrugas tenían mucho de arcaicas. Por lo demás, el sueño – de serlo – merecía la pena y por nada del mundo renunciaría a consumarlo hasta las últimas consecuencias.

– No caigo, hija mía – susurré mientras decidía desenmascarar a la impostora, pues tampoco era cuestión de entregarse a la primera –. Por el tono parece de Santa Teresa – añadí circunspecto.

– Son palabras del marqués de Sade – dijo la vieja con una risita quebrada por un estruendoso ronquido; y añadió –; un *best-seller* entre nuestra clase política. ¿O acaso crees que leen a Ortega y Gasset después de echarse la siesta en el Parlamento?

– ¡Ave María Purísima! – exclamé sin poder ocultar mi asombro: la vieja parecía bien informada –. ¿Y no sería mejor ocupar el pensamiento en alguien más elevado? En San Pancracio, por ejemplo, abogado de la salud y del santo trabajo.

España se removió en la espesura del jergón. Una nube de polvo mohoso ocultó por un instante su rostro, no tanto para esconder una mueca vaga.

– De la salud ya se ocupa la Seguridad Social, y aquí me tienes, más pocha que el Instituto Cervantes. Y lo del santo trabajo – agregó con otra

bronca risita –, más vale bajarlo de los altares y hacerlo peatón. Claro que no me extraña que para muchos sea cosa de milagro. Pero vamos a lo nuestro, señor cura – dijo por último, resuelta a no perderse en divagaciones.

Aún incrédulo, aduje estar allí para procurarle consuelo en hora tan decisiva.

– Recuerda, hija mía, que “cuando un pecador se vuelve / a Dios con humilde celo / se hacen fiestas en el cielo”, en versos del ilustre manco al que debes tanta gloria – referí para sonsacar a quien tomaba por consumada actriz.

– Pues lo que es yo, me largo de este mundo muy desengañada – replicó la moribunda España –. Y no me vengas con lo del valle de lágrimas, que no mea por ahí la gata – agregó con desparpajo de tarasca.

Musité la primera frase del *Confiteor* y, una vez recogido me dispuse a conducir el acto de contrición encomendándome a la Divina Providencia.

– ¿Te arrepientes de tus faltas? – pregunté al fin; después de inacabable silencio por parte de España, creí oportuno animarla con un recordatorio de circunstancias –. Déjame decirte que pecado escondido, a medias perdonado.

– ¿Faltas? ¿Pecados? No sé de qué me hablas – replicó con frescura –. Soy de las que se abstienen de votar, pero no de darle a la sin hueso – explicó con tono chulesco.

– Entonces, ¿para qué me has llamado? – inquirí un punto irritado por el cariz que la situación tomaba –. Ya entiendo – agregué simulando una comprensión que estaba lejos de existir –: veinte años de ramera y dos de beata, y ya tenemos santa.

Creí haber dado en el blanco. La moribunda me miró compungida y dejó escapar un suspiro, que interpreté como signo externo de remordimiento. Pero tardé poco en comprobar que me hallaba en presencia de una *persona* – aún dudaba de su verdadera entidad – por demás resentida.

– Reconozco que ahora siento un poco de vergüenza. Pero me ha decidido tras mucho pensarlo. Y es que me dije: mira que si después de todo resulta que los curas tenían razón... ¡Pues solo me faltaba eso! – concluyó con un mohín barriobajero.

– Se suele decir que no hay mal que por bien no venga – balbucí poco seguro de mi posición; acto seguido busqué con ansiedad la forma de replicar con justeza a tanta insolencia –. En cualquier caso, más vale padecer que perecer.

– ¿Vienes acaso de parte de Sancho Panza? – preguntó la vieja.

Me mordí la lengua. Los refranes afluían a ella con la misma facilidad que la saliva. Incapaz de controlarme a punto estuve de pedir disculpas a mi interlocutora, que bien caro me hizo pagar el desliz.

– Lo esperaba. En el fondo curas y políticos proceden de la misma feria. Otra cosa es que se los entienda – reflexionó España mordaz–. Todos hacen uso de la misma jerga y confunden fiscales con residuales, plata con gana y sopla con copla.

– De humanos es, hijo mío, cometer errores – me apresuré a decir en plan conciliador.

– Cometerlos, bueno. Pero inventarlos... – dijo la moribunda, cortante como una navaja barbera –. Para eso hay que estudiar, y tengo la impresión de que nuestros senadores y diputados copiaban en los exámenes.

A esas alturas nada debía sorprenderme el singular estilo de la confesión. No obstante, era la primera de mi larga experiencia en que me sentía del lado del penitente. Un tanto turbado por esta espontánea inclinación hice un esfuerzo por reconducir el desarrollo del sacramento al cauce establecido.

– Lo esencial en un cristiano es que no lo domine la lujuria ni la ambición – dije de corrido; después, para adornar semejante simpleza de catecismo viejo, añadí evocador –: como escribió el poeta, “deja la fuente por el arroyo, / pues pensarás traer agua / y traerás lodo”.

España me dirigió una mirada furibunda. De ser esto posible, seguro que me hubiera pegado con gusto o, en todo caso, remplazado por otro. ¿Qué me ocurría? ¿Acaso la supuesta identidad de la moribunda me intimidaba hasta el extremo de perder los papeles de continuo? ¿No era, en suma, una vieja desahuciada a punto de dejar el mundo de los vivos? “Ni un fallo más”, me propuse con resolución suicida.

– ¡Resabios de cura! – bramó España—. Estoy harta de decir que el pueblo tiene que liberarse de los políticos, de los medios de comunicación, de los uniformes de opereta y... ¡del puto púlpito, con perdón!

– ¡Dios nos asista! – chillé fuera de mí; tardé incluso unos minutos en rehacer mi compostura –. ¿Has bebido? – pregunté puesto en pie, dispuesto a marcharme.

– ¿Y quién no? ¡Si hasta para leer a nuestros premios nacionales hay que empinar el codo! ¡Vaya patulea de eruditos de la berenjena!

“Esto es inaudito”, pensé en un destello. Por un momento creí ser yo el penitente y España, aun moribunda, implacable juez de lo divino y lo humano.

– Mira, señor cura – espetó la vieja, harta sin duda de mis patinazos –: yo soy de las de dale a la muda y calle la mula. Pero cuando me soplan el tono, canto. ¡Vaya si canto! ¡Y es que ya está bien de coña marinera! ¡Ya basta!

Me devolvía la pelota y hasta el escarabajo. Tragué saliva y me hice el desentendido, al menos de la parte que más me afectaba.

– Desahógate, hija mía, que el vivo tiene pocos amigos, pero el muerto ninguno – dije entrando en el burladero.

– Pues prepara el paraguas – respondió don Quijote –. El pueblo antes no votaba porque no era moda. Después, pasó lo que ya sabemos. Con tal de que no los fusilaran, muchos se dieron por contentos. ¿Consecuencia? Pues se votó al primero que aprendió a guiñar el ojo. ¿Y ahora? El desencanto se come por los pies a tanto ingenuo. El pueblo – que ahora es

gente – hace tiempo que pasa del parlamentarismo, de los diputados y de tanta furrumalla nacionalista. ¡Y eso que la canalla era el pueblo, *la gente*! ¿No es para ponerse a mear y no echar gota? – concluyó la moribunda entre toses y ahogos terminales.

Me vi, convertido en mosca, recorriendo el interior resbaladizo de un frasco. Quise pedir a Dios que me mostrase el camino, y no supe hacerlo. Al fin creí dar con la respuesta adecuada.

– Piensa en tu alma y deja las cosas terrenales a los que saben que lo poco es poco, pero nada es menos.

– ¡Con lo bien que lo podíamos haber hecho! – exclamó España, enfoscada en su discurso de descalificaciones, por instantes más exaltada –. Cuando teníamos delante el ejemplo de tantos países; cuando lo único que debíamos hacer era no copiar ni una de las barbaridades que por ahí se cometen... fuimos y ¡pumba! ¡A importar basura!

Un enjambre de miasmas surgido de la parte baja del catre me impidió una visión clara de la moribunda; pero habría jurado que se incorporó un poco para contestar a mis preguntas.

– ¿Qué otra cosa se podía hacer, criatura? ¿Acaso ignoras que los males otoñales son siempre mortales?

– ¡Eso es! ¡A grandes desgracias, grandes remedios, señor cura! Para empezar, ni un euro chico al fomento del analfabetismo. Porque, vamos, financiar esos bodrios de festivales de cine cargados de putillas que se creen Sara Bernhardt, hojalateros metidos a productores y guionistas más pedorros que un desfile de *Marines*, ya tiene miga. ¡Pero si *aquí* nadie quiere leer hasta que no está ciego! – chilló mientras se golpeaba el peto.

Busqué un pretexto para irme, pero comprendí que nada importaba que el vagón fuese hasta los topes, que los pisotones aumentaran en frecuencia e intensidad o que el hedor de los viajeros nos hiciera vomitar a unos sobre otros. Permanecí, pues, en el sitio con la resignación supuesta a mi oficio, no sin desgranar un pensamiento en voz queda, oído sin embargo por la enardecida ¿penitente?

– Los designios de Dios son inescrutables.

– ¡Y Tanto! – confirmó ella, aunque sin la humildad oportuna –. ¡Ni Dios entiende lo que *aquí* está pasando! – añadió propinándose nuevos cachetes –. Ahora que los políticos han perdido toda credibilidad, ¿qué hace el pueblo? ¡No, si ya lo advirtieron algunos: no nos moverán! ¡Y eso hacen! ¡Quietos como postes! ¿Conclusión? El pueblo, con sus dirigentes a la cabeza, ha perdido el rumbo. Cuando una sociedad aún cree en los Reyes Magos, en la Zarzuela y en la lotería de Navidad, la cosa es para poner un puesto. ¿Es que nadie siente ganas de criticar? ¿A qué espera toda esa fauna de parados con una mano delante y otra detrás? ¡Es que no me lo explico!

– Más sufrió Nuestro Señor en el calvario – intervine con la sana intención de evitarle un síncope, que (¡mísero de mí!) impidiera a la

moribunda acabar lo empezado.

– Más sí, pero menos tiempo – dijo España redondeando mi jaculatoria con un chascarrillo no del todo irreverente –. Sé de alguno que antes de dejarse operar en la Seguridad Social se tiró por la ventana con gotero y todo. ¿Hay derecho a que el ingeniero que lleva los exámenes del permiso de conducir pusiera “apto” con hache al único que aprobó, primo suyo por cierto? ¿Se puede consentir que un internista se cargue impunemente a la clientela de la tercera edad porque para eso tiene el título? ¿Es que no se pueden poner detrás de las ventanillas funcionarios menos guapos para evitar que se formen esas colas para verlos? ¿Y los universitarios? ¿Tanto se tarda en enseñar a los estudiantes a emborracharse y a fumar canutos? Si es que empiezo y no acabo – concluyó con un gesto de gran dama enfadada con los criados.

Comprendí a tiempo que no podía convertirme en cómplice de una pecadora semejante. Desbarraba, España (¡qué disparate admitir el enredo!) ¿desbarraba? Bien mirado, la moribunda solo tenía gestos. Bajo los pliegues de la maraña de estandartes y banderas apenas se adivinaban formas humanas. “Tal vez sea todo corazón”, pensé.

– Siempre ha de hablar quien más tiene que callar – dije muy a pesar mío, pero era mi obligación recriminar al penitente –. Nadie diría que estás a punto de entregar el alma – agregué enfadado conmigo mismo.

– Con lo que cuesta morirse, ganas me dan de volverme atrás. Pero estoy muy cansada – dijo España, que pareció abismarse en inquietantes reflexiones –. ¿Y la manía persecutoria de los premios? Dentro de nada, el que no haya sido premiado acabará en un museo de rarezas. ¿Qué pretenden? ¿Qué todo el mundo vaya por ahí con una medalla al cuello? Levantas una piedra y te saluda el último Premio Nacional de lo que sea: el peluquero más saleroso, la mejor ama de casa, el poeta de la tierra, el pintamonas de moda, el novelista “uno de los más destacados sin duda”... A este paso, el famoso eslogan *Spain is different* se traducirá por: “Los españoles forman la única raza que ha logrado ya una personalidad épica.” ¿Es que no había bastante con el Ratón Pérez, el Día de la Madre y el 12 de Octubre? ¿Para qué nuevos mitos, si ya sabemos lo que ocultan?

– *Vanitas vanitatis* – razoné envalentonado –. No en vano se ha dicho siempre que solo el necio tiene todas sus cosas en mucho aprecio – añadí.

– Pa' cursilerías, las declaraciones de los premiados – añadió la moribunda, mensaje que no era necesario traducir –. Que si hago extensivo el galardón a todo el equipo; que si todo se lo debo a mi compañera sentimental, sin cuyo apoyo mi obra no hubiera sido posible; que si doy las gracias a san Pantaleón, a la Pilarica y a Yola Serrano, que tuvo la gentileza de corregir el texto. Algunos son tan sinceros como novicias y aseguran que no tienen nada que decir. Pero ¿quién lee tanto premio como nos meten por los ojos todos los años? ¡No hay caridad con la burguesía! El caso es que siempre se repite el mismo fraude y a nadie se le ocurre la menor crítica. ¡Y

hay hasta recomendaciones de ministros del Gobierno! He oído decir que las hubo de cierto monseñor, hoy en los altares.

– Solo la verdad os hará libres, dijo san Pablo – argüí con retintín –. ¿Dónde esperas que te lleve la maledicencia, hija mía?

– A cualquier lugar mejor que este – contestó ella, que de nuevo se golpeó el pecho con dureza –. Aún me siento con fuerzas para abrir los ojos a unos cuantos, señor cura – agregó en plan campechano –. ¿Es que no te has fijado en que los huesos de santo ya no vienen rellenos de boniato? Se nota que hace mucho que no has probado la quina “Santa Catalina”. ¿Y las yemas de Santa Teresa, que Juan Pablo II se negó a catarlas sin una póliza de seguros? ¡El mundo ha cambiado mucho, reverendo padre! ¡Ahora la contaminación discurre por dentro!

– Así no vamos a ninguna parte – dije otra vez en paraje de tirar la toalla e incluso el toallero –. ¿No sabes, hija, que se hace camino al andar? – añadí con el ánimo por los suelos.

– Claro, los coches oficiales ocupan ellos solitos las carreteras. ¡Lo guapos que son todos los españoles a la hora de pedirles el voto! ¿Y después? Como el pueblo – la *gente* – no sabe lo que quiere, un día a la OTAN, otro al Euro, después al conflicto de Yugoslavia, a la guerra del Golfo... y ya veremos qué pasa con los inmigrantes, Marruecos, Hugo Chaves y Evo Morales. Mientras tanto, ¿quién se ocupa de los trapos sucios? ¿La Justicia? Pero ¿qué se puede esperar de un país cuyo invento más genuino son los churros? ¡La de fortunas amasadas con esa combinación de harina, sal y agua! No sé a qué esperan pa’ legalizar la goma-2 y permitir que cada vecino se defienda por su cuenta. ¡Vamos, dime que estoy equivocado! – concluyó retadora.

– Ama a tus semejantes. ¿No te dice nada esto? ¿O es que estás de parte de los que creen que no hay razón como la del bastón? Mejor harías en recordar que no hace ruido una nuez sola, sino junta con otras – argumenté.

El bulto deforme se agitó bajo el ropaje. El espectáculo, sin embargo, carecía de encanto. Esta vez la maraña que representaba a España tenía aspecto de cloaca atascada por un pegote de porquería.

– ¿Combatir? ¿Luchar de nuevo con los molinos de viento? – preguntó con expresión cansina –. Lo siento, pero en esto sigo el ejemplo de los padres de la patria. En el fondo detestan al pueblo, y por eso quieren dirigirlo hasta el fin. Al principio sentían algún reparo en quejarse de los que les daban de comer. Pero ahora los españoles son de usar y tirar. Aún no se ha inventado el votante reciclable, pero ya falta poco.

– Bienaventurado el que pone su confianza en el Señor – dije después de liberar un suspiro.

– Sí, pero de ahí a creerse lo que promete el presidente o lo que asegura una portavoz, hay un abismo. Además, los que ayer tenían el poder o cobran una sustanciosa jubilación o siguen tan frescos, erre que erre. ¿Quién dice

que no pasará mañana lo mismo? Eso de dar la vida por otro es una fórmula tan pasada que ya ni figura en el *Espasa*. Lo mejor sería borrón y cuenta nueva. Una carga hueca y ¡hala! Pero seguro que tampoco saldría bien. En el último segundo, un fallo técnico aplazaría la fiesta. Y vuelta a empezar. Esto no tiene arreglo ni por las malas.

– Recuerda que no entra en misa la campana que a todos llama, y que solo no se sabe lo que no se hace – añadí poco convencido de que aquella reliquia llevara adelante lo que predicaba.

– Ah, pues si es así aún me da tiempo a presentar una queja en Bruselas. Voy a morir parada. ¿Sabes lo que es eso? ¡Una vergüenza, una injusticia! Vamos, echarme a mí, ¡a España!, del trabajo... Aburrida de esperar la ayuda comunitaria, me presenté a una oferta para un puesto de matarife, que de eso sé más que nadie. Tan preocupados estaban con el convenio y la huelga de la basura, que ni se fijaron en quién era yo y me dieron la plaza. Tres semanas desmochando cornúpetos y mira por dónde una vaca se cruzó en mi brillante trayectoria. ¿Pues no vi en sus ojos a Isabel la Católica? Como es de ley, me negué a matarla y ¡me despidieron! ¡Y eso que ya estaba ahí la Constitución señalando que nadie será discriminado por sus creencias! No es que me hiciera hindú, Dios me libre, pero me gustaba la idea de que alguien, después de muerto, podía reaparecer en forma humana, animal o vegetal. El caso es que la vaca en cuestión era el vivo retrato de Isabel I de Castilla. Y ya fue casualidad, pues ese día libraba y fui por hacerle un favor a un colega que tenía una boda. Porque una, aquí donde me ves, *era* solidaria. Pero el jefe no tragó lo de la reencarnación y me puso de patas en la calle. ¿Qué más le hubiera dado a él? Además, le entré por lo legal: a tanto el kilo y la Católica a casa conmigo. Ni por esas. ¡A la *rue* y chitón, que callada estás más guapa! ¡Así que me lo dijo el menda!

– De este modo se cumple aquello de que de la fortuna no esperes lo que de tu trabajo no obtuvieres – dije en una pausa de la moribunda, por momentos más desanimada.

– Ahora, a buscar setas; basta de aventuras, pensé. Después de rodar un poco de acá para allá, me puse a hacer panderetas, *oficio puro donde los haya. Pero en cuanto divisaba un perro callejero, estaba perdida. Es que a mí, de toda la vida, los vagabundos me privan. Fue así como di con mis huesos en La Catedral, un salón de baile donde metí la pata hasta el codo. Allí se reunía una panda de gente guapa, más perversa que la estatua de la Libertad en celo. Esa cara, esa cara, pensaba cada vez que veía a una vampi de bigotes postizos metida en faena. ¡Anda, pero si es la ministra de Cultura!, dije al verla en pelotillas. ¿Y por qué no se me caería la lengua, digo yo? Así que hice inventario y me fui de rositas. ¿No iba a encontrar un trozo de queso duro? ¡Pues al camino, compadre!, me dije. Fui derechita a la Oficina de Empleo. Pero nada más llegar di la vuelta. ¡Aquello parecía las rebajas! Allí había de todo y la masa daba la impresión de asistir a un

velatorio. Eso sí, los fumadores estaban empeñados en establecer una marca. ¿Y los funcionarios? ¡Qué cachazas! Claro que con la resignación de tanto pobre diablo no iban a ser ellos los que se dieran prisa. Cuando me llegó la hora, tenía el culo por los suelos. Pero el que debía atenderme discutía de fútbol con el de al lado. Y yo allí, sin saber si sentarme o darme una lanzada. ¿Y para esto piden el voto a los españoles?, me pregunté erre que erre con mi matraca. Por fin el de la perilla me miró con asco. ¿Sabes lo que te digo?, le pregunté. ¡Que te comas un higo! ¡Vaya corte de mangas que le di al tío! Y me fui tan fresca – resumió. España con una pedorreta.

– Perder uno sus derechos, a veces es daño y a veces provecho – argüí un tanto amoscado por los vulgares gestos de la penitente.

– Ya veo que a todo le sacas punta, señor cura. Debe ser cosecha del país. ¡Esa es otra! ¡El país! ¡El único del mundo que carece de nombre propio! Solo se pronuncia de tarde en tarde, y eso en voz baja o a gritos y con significado dispar según el usuario. ¿Vergüenza profunda? ¿Complejo de inferioridad? ¿Miedo a que a uno lo confundan? Creo que esto junto y algo más. La ambigüedad antes que la sospecha. El desprecio de unos y el odio de otros hace de esta tierra un lugar apestoso. Por eso casi todos quieren ser *europesos* y olvidar el bochorno de la patria común, cuyo nombre impronunciable suscita raro encono sobre perversidades heredadas, ancestrales ignominias, abuelos manchados de sangre y madres prostitutas con la peor casta de verdugos. ¿Soy de aquí?, suele preguntarse cualquiera con intención de asegurarse de lo contrario. ¡Ay si yo pudiera! – suspiró España, iluminado el rostro por un destello de lucidez.

– Debo guardar secreto estricto de confesión, pero si quieres no tendré reparo alguno en divulgar alguno de tus... mensajes – propuse con voluntad colaboradora.

– Aquí cada uno va a lo suyo y si no, que se lo pregunten a esa duquesa tan famosa, que ha dejado la herencia a sus gatos. Sé de buena tinta que lo ha hecho para burlarse del ministro de Hacienda. ¡Anda, que le cobren en el IVA a los mininos! Hay cada ejemplar por ahí, que no caben todos juntos en un museo. ¿Y el otro, un concejal andaluz, que denunció al farmacéutico porque no conseguía tragarse los supositorios que le había vendido? Pues de esas hay a montones. ¡Ojalá no tengas que usarlo!, dicen aún en muchos sitios cuando alguien instala el cuarto de baño porque eso significa la desgracia de ir al médico.

– Más daña el caviar que el ayunar – dije mirando de reojo la hora.

– Pero, ¿cómo se puede tener por patrón a Santiago Matamoros? – continuó la moribunda, cuya ocurrencia me sacó de mis pensamientos –. Con eso de pedir perdón por sus errores históricos, la Iglesia nos va a dejar sin el turismo católico. No, si al final van a tener razón los que se niegan a ser españoles. ¡Hay que parar los pies al Papa o va a mandar al paro a otro millón de gallegos! Si es que nos dan por todas partes. Como no venga

pronto la segunda parte de la guerra civil, esto va a ser peor que una tragedia de Esquilo. Bueno, en algo somos los primeros: en drogadictos, seropositivos y parados. ¡Salve, Europa; los que van a morir te saludan!

– No olvides que la muerte es fuente de vida: unos mueren para que otros vivan – dije de un tirón con idea de zanjar el asunto.

– De eso también sé algo, señor cura, que una ha sufrido lo suyo. A una que aún vive le patearon la tripa los de la Secreta, “ya que por venir el feto con el puño en alto, según lo denunciara la radiografía”, pudo leerse en el parte de los funcionarios. Eso, hace poco, pero ahora mismo liquidan a otros muchos sin que nadie se subleve, solo porque tratan de saltarse una alambrada de espinos, por sospechosos de criar armas de destrucción masiva en el huerto o por no dejarse aplastar por los colonos. Aún siguen echando criaturas a los leones en algunos países de por ahí. Y yo aquí, muriéndome tan ancha. He vivido mucho. Sé de qué va esto, y ya es demasiado tarde para cambiar. Conozco a uno que fue a votar en las elecciones autonómicas y, como una cuchilla, la urna le cortó la yema de los dedos. ¿No es esta una buena parábola de nuestro tiempo, señor cura?

– Sin cruz en el suelo, nadie va al cielo – reflexioné cabizbajo –. Pero mejor harías hablándome de ti, pecadora – añadí harto de tanto rodeo.

– ¡Ay si yo pudiera! – suspiró la moribunda, iluminada de pronto por un destello de lucidez.

España, que a todas luces deseaba ser oída no en confesión, sino en entrevista *urbe et orbi*, hizo acopio de energía y no obstante la decrepitud que la agostaba, se explayó a sus anchas sin otorgarse respiro. Por mi parte, incapaz de evadirme, me guardé de interrupciones marginales que sirvieran en todo caso para prolongar la agonía de aquel extravagante vejestorio.

– Para empezar – dijo con resolución –, suprimiría la política interior, forma práctica de acabar pronto con la exterior y con quien la lleva, y permitir a unos colonizadores la reorganización de todo esto. España necesita otros que la cuiden una buena temporada. Así se lograría, entre otras cosas, un estimable ahorro en sueldos, comilonas y guardaespaldas. Los contribuyentes, además, tan contentos. Después, ya metidos en faena o aunque fuera borrachos perdidos, probar fortuna de nuevo con el expansionismo territorial que tanta fama nos dio en el siglo XVI. ¿Estaría mal visto que provocáramos una invasión a estas alturas? Se podrían adquirir unas parcelas en Cornwall (Cornuelles), en el SO de Inglaterra, y al cabo de unos meses enviar allí unos cuantos vuelos *charter* cargados de inmigrantes, que tenemos de sobra para dar a dos manos. Una vez adaptados al medio y al idioma, los colonos dirían por todas partes: *Good morning, folks*, aquí estamos; y como vuestas mercedes dicen en Gibraltar: esto es nuestro. ¡Viva la autodeterminación! Hala, a ver, ¡que nos echen! Otra idea expansionista consistiría en llevar a Nueva York “El barbero de Sevilla”, y con el cuento de que se trata de una obra vanguardista adornar la Gran

Manzana como si fuera el barrio de Santa Cruz; y después, justo cuando los neoyorquinos comiencen a tomarse sus hamburguesas con mostaza, ¡venga a salir andaluzas por la trampa del escenario! Una vez embarazadas, los bebés acabarían reclamando bacalao a la vizcaína, cocido madrileño, fabada asturiana, berenjenas de Almagro, torrijas, butifarra, jamón patanegra... ¡Y hasta gachas, gazpacho y vino de Málaga! ¡La salvación de nuestro comercio exterior está en la cocina, que lo digo yo, señor cura! – exclamó España, medio incorporada en el lecho; tras calmarse un poco, agregó –: sospecho que estas medidas no agradarían a todos, pero ya va siendo hora de que agarremos el toro por las patas y no por los cuernos. ¡Nuestros gobernantes harían mejor en dedicarse a leer el horóscopo que a dictar leyes absurdas! ¿Qué pasa con los tipos de interés? Nosotros necesitamos un tipo medio, ni alto ni bajo, y todo lo demás son ganas de fastidiar a nuestros futuros clientes e inversores. Con un buen tipo, además, se evita la fuga de capitales, fuga que nunca es de uno, sino de dos como poco: el que se lleva el dinero y el que permite que lo haga. ¿O es que alguien cree que el capital se fuga solo? ¿Quién pagaría luego los gastos penitenciarios? ¿De qué serviría encarcelar a delincuentes y terroristas? ¿Aún nadie se ha dado cuenta de que un diplomático o un ex director general corre más que un policía? ¡Vaya tipos! ¿Y del ahorro? ¿Qué decir de las soluciones aportadas hasta ahora? De poco servirá apagar la calefacción del Congreso de los Diputados o que el ministro de Economía se presente en bata al debate de los presupuestos, y menos aún recurrir a las estufas de leña: con ellas salen cabrillas y lo que uno se ahorra en energía se lo gasta otro en el teléfono móvil. Y digo yo, ¿no se podría aprovechar ese calorcillo que despiden las muchedumbres en las grandes concentraciones? Calor un tanto fétido, pegajoso e insoportable, pero ¡de enorme utilidad! En cuanto nos pusieramos de acuerdo solo bastaría provocar accidentes, entierros, tragedias nacionales y acontecimientos deportivos, entre otros eventos, para recoger ese magnífico desprendimiento energético. Pensemos un poco en procesiones, fiestas populares, huelgas y manifestaciones. Sería interesante, positivo incluso, que la masa se cuele a la desbandada en conciertos, estadios, clubes y grandes almacenes, ¡y no echarle encima a la poli! Tampoco estaría mal organizar unos cuantos apagones en las macrourbes, siempre y cuando los listillos no aprovecharan la oscuridad para comportarse como ratas. Es necesario divulgar a los españoles que ahora, con la fertilización *in vitro* podemos reproducirnos por esporas, como las talofitas, asexualmente, con lo que la presunción machista se ha devaluado. Y algo sobre el consumo – añadió España, dándose una sonora palmada en la frente –, que se me olvidaba. Para que la masa consuma más no solo habrá que consumirla menos con los impuestos, sino sobre todo impedirle que derroche. Cuanto menos compre, más consumirá la masa en ahorrar; y cuanto más ahorre, más gastará y, por tanto, más podrá invertir el Estado. Romper este equilibrio

psiquiátrico sería pernicioso, y no solo para la televisión. Pero no hay que olvidar que para que la masa salga a comprar es preciso que las calles estén bien pavimentadas, los rateros encerrados, los acreedores ocultos, el tráfico controlado, los descuentos a la vista, las existencias un poquitín agotadas... Es decir, que la calidad se note pero que no se vea. ¡Y acabar con los mercadillos y toda actividad tipo Roque Guinart, mejor bandolero catalán que persona! Una palabra acerca del déficit público, del que se dicen muchas tonterías: que si primero hay que bajar la inflación, que si es necesario subir los impuestos, reducir los salarios, demorar los pagos, vigilar la deuda exterior, aumentar el nivel cultural de los ciudadanos... Tantas bobadas merecen una más, sin duda: el déficit público, ¿no se controlaría poniéndole una corbata de lazo y haciéndole pasar por Fidel Castro? (No olvidemos su ascendencia gallega.) Porque solo así sería posible reducir la inflación, incrementar las divisas, soportar sin desmayo los gastos de las Comunidades Autónomas y liquidar la vergüenza del desempleo. Y si de ese modo no fuera posible, creo que casi nada lo sería en realidad.

– ¿Algo más? ¿Alguna otra última voluntad antes de...?

No me permitió concluir la frase. Exhausta, pero aún rebelde a entregarse a la muerte, España me aferró el cuello para que no perdiera el aliento postrero de su confesión.

– Sí, por Dios vivo – exclamó en un gemido –. Señor cura, pide a la Administración en mi nombre que corte, ¡pero ya!, las subvenciones a las Artes y las Letras... Que corten tanta ayuda innecesaria antes de que la población se vuelva aún más mema... ¡Ah, y que dejen en paz mi lengua esos académicos de pacotilla!

Apenas tuve tiempo de inclinarme para recoger el estertor de la moribunda y despedirla con el ritual *ego te absolvo*... Después, obedeciendo a un impulso, llamé por tres veces a España por su nombre y no me contestó.